

Vicente Pelechano Barberá Catedrático de Psicología

El 13 de abril de 2016 falleció el profesor Vicente Pelechano Bárberá en La Laguna. Desde sus comienzos en el año 2000, el profesor Pelechano ha formado parte del Consejo Editorial de *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*. Esta revista quiere rendirle este sencillo homenaje y agradecerle, *in memoriam*, todo lo que ha dado a la psicología de este país. *Requiescat in pace*



VICENTE PELECHANO: UN SENTIDO ADIÓS
Enrique Echeburúa Odriozola

Catedrático de Psicología, Universidad del País Vasco, España

El profesor Vicente Pelechano ha fallecido en abril a la edad de 72 años. Nunca es buen momento para dar el adiós definitivo a alguien a quien se aprecia, pero lo es menos todavía cuando la muerte tiene lugar a una edad todavía temprana y cuando el fallecido daba muestras de un vigor intelectual envidiable. El último libro del profesor Pelechano (*La psicología de la sabiduría*), escrito en pleno proceso de la enfermedad con su colaborador Pedro González Leandro (profesor también de la Universidad de La Laguna), de casi 500 páginas, ha salido a la luz hace unos pocos meses y constituye un auténtico testamento intelectual.

Yo, como alumno, conocí al profesor Vicente Pelechano en el curso 1972-73 en la Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Psicología) de la Universidad Complutense de Madrid. Era por aquel entonces profesor de *Psicología del Aprendizaje* y de *Psicología de la Personalidad*. En aquellos años había una gran insatisfacción entre los alumnos y los profesores. La convulsión política de esa época y la precariedad de medios de la universidad se traducían en huelgas generalizadas y en pérdidas continuas de días de clase. A los alumnos nos faltaba una perspectiva de conjunto en la mayor parte de las materias. Los profesores estaban mal pagados, eran inestables laboralmente y contaban solo con tiza y una pizarra para desarrollar su labor docente. La biblioteca estaba insuficientemente dotada y no había apenas textos de referencia traducidos al español ni bases de datos ni laboratorios.

En este contexto para mí (y para otros muchos alumnos como yo) las clases del profesor Pelechano fueron una bocanada de aire fresco. Él se había formado en el extranjero (especialmente en el Instituto de Psiquiatría de la Fundación Max Planck de Munich, con el profesor Brengelman) y aportaba una visión novedosa y experimentalista de la Psicología. Aunque tenía por aquel entonces veintipocos años y era más joven que muchos de sus alumnos, se trataba de una persona con un *corpus* teórico sólido, enriquecido con una buena formación filosófica y literaria, y que inspiraba un gran respeto intelectual. Se preocupó de dotarnos con bloques de apuntes sistematizados, multicopiados (el mundo editorial no era como en la actualidad) en las materias de *Psicología del Aprendizaje* y de *Psicología de la Personalidad*, que eran de una ayuda inestimable para seguir unas clases densas y expuestas con rigor, sin concesiones a la divulgación.

El profesor Pelechano era muy exigente con los alumnos, pero estos llenaban las aulas y no se rebelaban contra él (en una época de gran contestación universitaria) porque era también muy exigente consigo mismo y ofrecía un panorama innovador de la psicología.

No se trata en este espacio de hacer un resumen, ni siquiera abreviado, de su trayectoria profesional. Solo quiero resaltar algunas notas, subjetivas sin duda. El profesor Pelechano ha abarcado numerosas disciplinas: *Psicología de la Personalidad*,

Psicología Diferencial, Psicología Evolutiva, Psicodiagnóstico, Terapia de Conducta, Psicología Educativa Comunitaria, etcétera. En este sentido ha huido de esa bárbara superespecialidad, tan de moda ahora, que lleva a algunos profesores o investigadores a saber casi todo de casi nada.

El profesor Pelechano se ha esforzado por pasar los conocimientos adquiridos por un cedazo personal, haciéndolos propios, de forma que se conviertan en un instrumento de análisis y de creatividad. En concreto, ha realizado un esfuerzo ingente y sistemático por crear un modelo de personalidad propio (el modelo de parámetros), por analizar la psicología de los refranes y por proponer en los últimos años un enfoque novedoso referido a la psicología de la sabiduría. En este sentido, el profesor Pelechano responde a lo que es un maestro, que no tiene que limitarse a repetir lo que ya está -y mejor- en los manuales, sino que debe enseñar a pensar, a razonar, a argumentar, a explorar nuevas vías de conocimiento.

No puedo pasar por alto la labor realizada por el profesor Pelechano en la revista *Análisis y Modificación de Conducta*, de la que ha sido el *factotum*. Fundada en 1975 y dirigida por él ininterrumpidamente desde entonces, ha sido un referente de la psicología clínica experimental en España. No se puede hacer una historia de la psicología española sin analizar los textos que se han publicado en esa revista.

Toda esta fecunda labor ha sido resultado de un trabajo constante durante cinco décadas. El profesor Pelechano no ha sucumbido a la tentación de los cantos de sirena de los cargos políticos o administrativos que le hubiesen apartado de su tarea central, que ha consistido en realizar una obra extensa y polifacética. Tampoco se ha esforzado por publicar en los lugares *convenientes* políticamente ni por ceder a las exigencias de los indicadores bibliométricos al uso. Por decirlo en sus propias palabras, se ha preocupado más por la ciencia que por la *sociología de la ciencia*.

El profesor Pelechano, procedente de una familia humilde y sin tradición universitaria, ha sido un hombre que se ha hecho a sí mismo. Era un catedrático a la vieja usanza: formado en el extranjero, ha impartido docencia en diversas universidades (Universidad Complutense de Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Valencia, La Laguna), era muy exigente y ha creado discípulos, buena parte de los cuales son hoy catedráticos de diversas universidades españolas. Ha recibido diversos reconocimientos, entre ellos el de *doctor honoris causa* por la Universidad de Huelva en 2012. El secreto de su éxito profesional y de su ingente obra ha sido tener fe en el proyecto propuesto y querer disfrutar con el quehacer cotidiano. Ni siquiera los achaques de salud de los últimos años fueron capaces de doblegar su férrea disciplina.

He aprendido muchas cosas del profesor Pelechano, con quien he compartido, ya como colegas, muchas actividades académicas en lugares distintos. Una de ellas es que entender va mucho más allá de saber. Entender es adueñarse de lo que se sabe y pasarlo por un filtro personal, de forma que se convierta en un instrumento de análisis y creatividad. Vicente Pelechano fue una persona con una larga trayectoria de estudio, reflexión y dignidad, que trabajó con rigor y discreción, ajeno a la fama y a los cargos. Es un gran ejemplo para muchos de nosotros. Afortunadamente nos queda su obra.

VICENTE PELECHANO: LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Carmen Luciano

Catedrático de Psicología, Universidad de Almería, España

El profesor Vicente Pelechano ya no está entre nosotros desde hace unas semanas. Una gran pérdida. Nos ha dejado su huella en numerosos ámbitos a lo largo de su amplia y profunda andadura por los territorios de la Psicología, permaneciendo “a pie de obra” hasta los últimos momentos, según pude saber de las personas que le acompañaron en sus últimas semanas.

Hace casi nueve años que, en la Universidad de La Laguna, se llevó a cabo el homenaje al profesor Vicente Pelechano. La Universidad en la que transcurrió la mayor parte de su vida académica. En aquel entonces, celebré que se hiciera un acto de reconocimiento cuando, como escribí, seguía en la brecha con la valentía, el rigor y el ejercicio de la libertad que le caracterizaban.

Hoy, escribo estas líneas en un contexto temporal en el que él ya no puede experimentar nada de lo que se escriba. A pesar de ello, me permito hacerlo como si estuviera presente.

Con la perspectiva que dan las cosas que uno va haciendo hasta llegar a tener muchos años, cada vez vislumbro en Vicente Pelechano dos facetas que, en su caso, se hacían bien presentes para mostrar todo el arsenal de conocimiento que disponía, su memoria espectacular y singular ajuste a las más diversas audiencias. Sentía a Vicente, a veces como siendo un don Quijote quimérico, lúcidamente irreverente, provocador e incansable luchador; y, a veces como siendo un Sancho Panza sensatamente sabio y tolerante con las imperfecciones que se encontraba a su paso, incluyendo las propias.

Asumiendo que él me daría permiso para decir lo que voy a decir, reclamo en su nombre el amor a la libertad de pensamiento y a perseverar en ideas y trabajar en pos de los objetivos que se valoran. Le gustaba pensar, discurrir, y buscar perspectivas diferentes a las cosas o temas que eran motivo de análisis. No sólo mostraba su libertad de pensamiento de ese modo, sino que invitaba -provocaba- a ver el mundo y los temas de investigación desde muchos ángulos. El profesor Pelechano utilizaba las claves apropiadas para que la función que se generase en otros fuera la de hacer surgir en quienes le escuchábamos la perspectiva de las propias ideas. Dicho de otro modo, aprender a tratar de múltiples modos con las ideas a fin de encontrar más ángulos y así tener más y mejor conciencia de los múltiples resortes de aquello que uno estaba analizando. Siguiendo la metáfora, permitía saborear diferentes platos para, al final, quedarse con el más ajustado a lo esencial para cada uno. Olía a libertad hablar con él, olía a sabia experiencia el modo en el que volaba con tus propias ideas para que las vieras con distancia, y conseguir que ante uno se presentaran detalles que, o bien habían pasado desapercibidos o simplemente parecían algo nuevo que no habías descubierto. Emergía el don Quijote con su fluidez, con su valentía al enfrentar enemigos ficticios o reales, teóricos o prácticos, con su amabilidad y suspicacia para que pudieras ver algo que brillaba en el horizonte que uno mismo había comenzado a dibujar.

En el fondo, es una metáfora del funcionamiento del yo como perspectiva que, si me permite, en Vicente Pelechano se fundieron, como valores sustanciales a lo largo de su vida, tanto un Quijote como un Sancho que le permitieron ejercer como un persona que siente a ambos y actúa bajo los principios de libertad y amor al conocimiento.

Le conocí cuando, de joven, las oposiciones del antiguo sistema nos permitían interacciones académicas en las que era posible escuchar a otros profesores y opinar lo que uno considerara mejor y se atreviera a exponer. Recuerdo muy bien mi primer encuentro con ese gigante de la psicología y exquisito académico que era Vicente Pelechano. Alguien bien diferente a la medianía y simpleza a la que el ambiente universitario nos tenía acostumbrados. Recuerdo, y recordaré siempre, cuando aceptó revisar un texto mío de muchísimas páginas, complicado y poco ortodoxo, y ahí estuvieron su crítica constructiva y su valoración, que me permitieron elevarme sobre la obra producida y seleccionar lo que podría tener sentido entre lo que no lo tenía. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida. Recuerdo, también, cuando a punto de “jugarme” la cátedra su consejo fue muy sencillo y sincero a la vez que directo y claro: “defiende tus ideas, sumérgete en ellas y, desde ahí, trata de comunicarlas a otros que no necesariamente las comparten”. Así enseñan los verdaderos profesores, haciendo que uno despegue y se lance con firmeza donde quiera ir más allá de su inmediatez. La libertad y generosidad del consagrado para hacer ver al novato el valor de sus ideas y su posible horizonte, incitándole a no quedarse limitado al árbol sino contemplar el bosque y seguir el camino elegido con soltura y decisión. La sabiduría, de la que tanto le gustaba hablar, era algo que estaba en él y, afable y fácilmente, la comunicaba cuando creía encontrar una audiencia a la altura del mensaje.

Su visión del mundo en general y de la conducta en particular, la transmitió bajo la premisa de la libertad de pensamiento y acción. Y esa premisa incluía la responsabilidad ante el ejercicio de dicha libertad. Aplicada en ciencia es un gran regalo, porque trasciende la emoción egocentrada del científico y hace que brille la flexibilidad en su conducta como investigador, permitiendo que el conocimiento que aporta trascienda a quien lo ha generado, haciendo crecer el árbol común del conocimiento.

Fue mucho más que su visión de la conducta del ser humano; fue la oportunidad de analizarla, de avanzar y buscar el modo de ser útil para el objetivo principal de la ciencia psicológica: explicar lo que no entendemos y que la explicación sirva para alterarlo. Gracias, Vicente.

VICENTE PELECHANO, LA LUCHA ETERNA POR EL CONOCIMIENTO**Wenceslao Peñate Castro***Catedrático de Psicología, Universidad de La Laguna, España*

Hablar (escribir) sobre Vicente Pelechano es, para aquellos que hemos tenido la fortuna de pasar tantas horas compartidas, un compromiso casi evitativo que enseguida se diluye en favor del deseo y el reto que supone.

Sus numerosas aportaciones al desarrollo del conocimiento científico son hoy día un referente, tanto en el modelo de trabajo, como del buen hacer en una ciencia tan compleja como es la Psicología. Destacar unas aportaciones frente a otras es una tarea complicada. Bajo el punto de vista de quien suscribe, sería muy complicado entender algunas materias y ramas como la *Terapia de Conducta*, la *Psicología Comunitaria*, la *Evaluación Psicológica* o la *Psicología de la Personalidad* (por citar las principales), sin las contribuciones del profesor Pelechano.

Con todo, el legado que me gustaría destacar estaría más en su modo de hacer que en las contribuciones finales: su conocimiento (nada de hablar de oídas ni de leer: estudiar y estudiar), su constancia (con él se aprendía que el calendario era un mero convencionalismo), su creatividad (su capacidad para tener un punto de vista alternativo y avanzado ante una pregunta científica), su pasión (nada le interesaba más que hablar de ciencia, de avance del conocimiento), y su entusiasmo (como algo despertara su curiosidad, devoraba todo aquel material que estuviera relacionado).

Con ese modo de abordar el conocimiento afrontó tanto su quehacer docente como investigador y fruto de ello son sus numerosas y conocidas contribuciones al conocimiento: artículos científicos, monografías, libros de texto, contribuciones en congresos, etcétera; que fueron, y son, fuente de inspiración para numerosos académicos, investigadores y profesionales de la Psicología. No podría dar una cifra de cuántas personas modificaron su modo de hacer científico y profesional producto de las lecturas de sus documentos, cuántos nuevos caminos abrió sin saberlo. Pero sí son reconocibles los perfiles profesionales de destacados docentes e investigadores de la universidad española cuyos inicios fueron los trabajos (a veces bajo su dirección) del profesor Pelechano. Con frecuencia esos perfiles se fueron alejando de los del maestro, para abrir nuevas vías del conocimiento en Psicología, nuevos paradigmas. Esas nuevas vías seguramente no se habrían abierto si, con el conocimiento adquirido, no se hubieran aprendido también algunas de esas destrezas de Vicente, que he señalado antes.

Siendo un investigador destacable, con ese valor heurístico que significa ser fuente de inspiración en tantos temas, su faceta de docente era especialmente apreciable. Le preocupaba cotidianamente ser un buen docente. Uno siente que el reconocimiento de la labor docente no pueda estar tan objetivada como la investigadora, porque el profesor Pelechano *era un profesor universitario excepcional*, posiblemente representando a uno de los últimos ejemplos de ese modelo: sus clases eran charlas magistrales, conferencias. Desde que entraba en clase se podía uno dar cuenta que estaba delante de un profesor distinto. Permanecías atento a lo que contaba, casi sin pestañear. Después (si lo entendías

claro) podías estar más o menos de acuerdo, pero no indiferente. Esa preocupación por ser un buen docente le llevó a escribir sus conocidos libros de texto y manuales, que le generaban una segunda preocupación: que fueran comprensibles, que fueran asequibles al alumnado. En este caso creo que no tuvo mucha fortuna: a pesar de su empeño, sus libros de texto eran más para el profesorado que para el alumnado.

Se nos ha ido, como decía un poco más atrás, uno de los últimos modelos de profesorado universitario. Sin querer ser crítico con el modelo (o modelos) actual, se nos ha ido la erudición, el rigor sistemático, el conocimiento extenso, la pasión por la productividad (que no producción) de la investigación, se nos fue ese sueño eterno que tienen algunos pensadores de que este mundo es mejorable y lo podemos mejorar nosotros.